

The background of the cover features a dramatic sunset scene. Two large, ornate columns stand on either side of a central archway. The sky is filled with soft, golden clouds, and the sun is low on the horizon, casting a warm glow over the entire scene. The columns are intricately carved and appear to be made of stone or metal. The archway in the center is also ornate and leads to a dark interior.

ZONA 4

Revista Masónica

Unión Libertad N° 275

N°10 Junio 2023



Banquete Solsticial

Andrés Bárbaro

Presidente Sociedad Filantrópica Unión



La festividad de San Juan, que el mundo cristiano celebra todos los 24 de junio en honor a San Juan Bautista, es el camuflaje que la Iglesia Católica colocó sobre la celebración pagana del Solsticio de Invierno (en el Hemisferio Sur) o de Verano (en el Hemisferio Norte).

De la misma manera que la Natividad de Cristo lo fue para el otro Solsticio, el 24 de diciembre, seis meses después, a pesar de que las fuentes historiográficas más fiables ubican este evento en la tercer semana de marzo. Pero la realidad es que la Humanidad celebra estos sucesos desde hace por lo menos 7000 años a raíz de la permanente observación de la bóveda celeste por parte de sabios astrónomos y astrólogos. Muchas culturas han celebrado y siguen celebrando este fenómeno cósmico porque el Sol es, para todos, una fiesta, un principio de vida, la continuidad de la existencia y la primera divinidad con la que la humanidad se identificó. De manera que, sin importar el credo, la religión o el saber científico de cada uno, difícilmente estas fechas pasen desapercibidas para algún ser humano en el mundo, lo que genera un flujo de energía colectiva que, bien enfocada, tiene la capacidad de crear milagros.



Como ya sabemos, nuestra Orden Masónica enseña y transmite su filosofía por intermedio de símbolos y alegorías. El conmemorar un acontecimiento estelar como el Solsticio no es un fin sino un medio, un medio para alejarnos de la cotidiana percepción de la presente realidad y una posibilidad de acercarnos a lo que me permito denominar otra realidad, distinta de la aparente realidad de los sentidos.

En este sentido, los masones celebramos fabulosos banquetes que ofrecemos ritualísticamente a los astros que gobiernan el firmamento, pero que por otra parte nos ayudan a abonar una profunda sensación de pertenencia a la Cadena Universal y Fraternal conformada por todos los eslabones de nuestra Orden, lo que nos induce a reflexionar sobre la estrecha relación que existe entre la naturaleza y el ser humano, pero también entre nosotros mismos como hermanos.



EDITORIAL

A

l entrelazar, por ejemplo, nuestros esfuerzos enfocándolos en la organización de un ágape de solsticio, en la cuidadosa selección de los ingredientes ritualísticos para la elaboración de los manjares con los que agasajaremos a nuestros hermanos, en la planificación de los

brindis, en el diseño de las mesas, en la elección de los trazados alusivos que serán compartidos, todo da como resultado un extraordinario acto de amor por el otro, que termina ingresando por los cinco sentidos de nuestra percepción.

Como Hermanos, debemos aprovechar estas fiestas para unirnos espiritualmente a la Naturaleza y, en el simbolismo de esta celebración, encontrar renovadas fuerzas para nuestro mejoramiento humano, espiritual e intelectual, abriendo nuestros corazones para un trabajo conjunto, mancomunado, en el que reine la fraternidad por sobre todas las cosas.

Este trabajo conjunto, basado en el consenso, en la unión de las partes y hasta -por qué no- en el encuentro ante el disenso, es una tendencia que venimos sosteniendo en nuestra querida masonería rosarina, como legado de un grupo de Venerables Maestros de hace algunos años atrás, que supimos sostener con firmeza quienes fuimos tomando la posta y el mallette, y que aspiramos poder inspirar en quienes nos sucedan, profundizando esta maravillosa unión entre las logias de nuestro Oriente y de nuestra Zona 4.



**Porque dar marcha atrás... sería una desventura.
Porque juntos, queridos hermanos, somos mejores.**





El resplandor de la luz

CARLOS DANTE GÓMEZ

Logia Unión Libertad N° 275 - Rosario

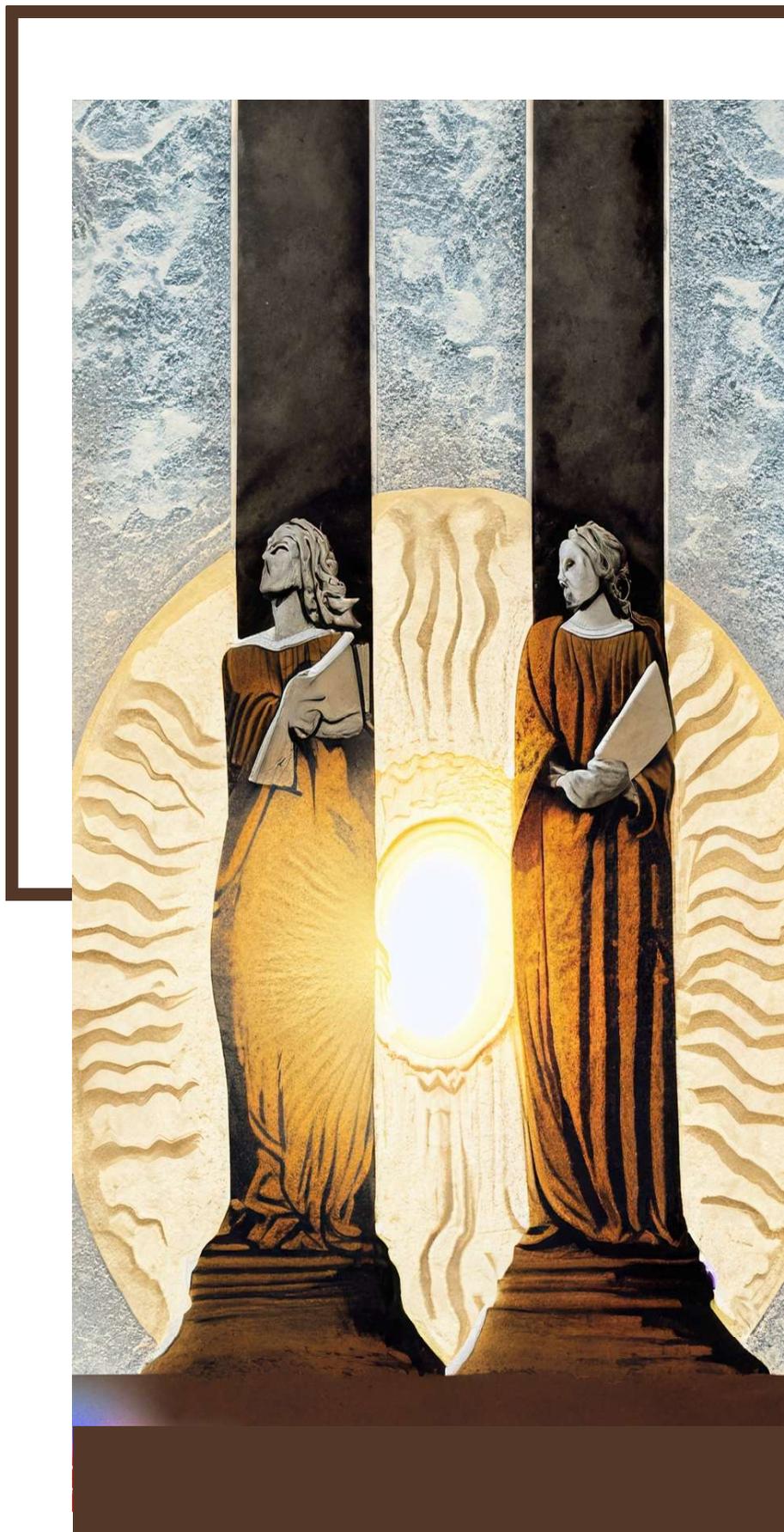
Logia John Murray N° 722 - Funes



EL RESPLANDOR DE LA LUZ

Desde tiempos inmemoriales, el ser humano ha sido testigo del nacimiento de la luz del cielo en el oriente, de su recorrido por el norte hasta alcanzar el mediodía en donde la luz es plena y no proyecta sombras, de su viaje hacia el occidente en donde la oscuridad comienza a ganar el espacio y finalmente de su muerte en el horizonte.

¿Qué será de ese astro dador de vida durante el tiempo oscuro en donde la luz diáfana de la luna reina en el cielo? ¿Cómo puede ser que en su recorrido dé una vuelta por debajo de nuestro suelo, que se esconda en lo profundo de la tierra, que nos prive de su gracia, que muera y que descienda a los infiernos; para finalmente resucitar cada mañana? ¿Por qué la luz del cielo nos brinda calor y vida durante una temporada para luego retirarse y dejarnos al hambre y al frío invernal? ¿Y cómo puede ser que este ciclo diario se repita en el circuito anual y en el círculo de las eras?



Desde tiempos remotos, el ser humano, al enfrentarse a los inmisericordes fenómenos naturales, a las inclemencias del clima, a los peligros de la flora y de la fauna, y a los misterios del cielo, debió generar una herramienta que lo ayudara a encarrilar su propio destino.



Gracias a la observación de los astros, del clima, de la flora, de la fauna, de las mareas, logró forjar su propio calendario para predecir los cambios estacionales y poder adaptarse a ellos. Todo coincidía en su incipiente saber: la subida del nivel de las aguas, la migración de las aves, la hibernación de los animales y de los insectos, el frío que hacía temer a la muerte, la quietud del sol, el vacío en las lunas, la procesión rutinaria de las luminarias en el cielo, la muerte de la vegetación que hacía temerle al hambre.

Los magos, los sacerdotes y los arquitectos de antaño construyeron -gracias a su ciencia- imponentes obras de piedra, que predecían con exactitud la ascensión y la declinación de la luz del sol. Construcciones como Stonehenge, Newgrange, Tiahuanaku, Machu Pichu, Chichén Itzá, las pirámides de Egipto, dan testimonio del gran conocimiento que se disponía acerca de los fenómenos celestes. Y las modernas catedrales -que son grandes monumentos masónicos- también compiten en sabiduría acerca de la maquinaria astral.



Para la Masonería la ciencia de la precesión de los solsticios y de los equinoccios contiene una profunda significación filosófica y un gran simbolismo moral.

El pueblo masónico pide luz para los profanos que se hallan por primera vez entre columnas con los ojos vendados por la ignorancia. Al deslizarse las vendas de sus ojos, asoman las espadas de docenas de obreros del bien. Espadas que simbolizan al intelecto y a la ciencia, encarnando lo que esa hermandad tiene para ofrecer en favor del perfeccionamiento de la sociedad humana.

¿Pero en qué consiste la esencia de esta luz que se pretende? ¿Acaso se trata de la luz natural, que se traslada por el espacio, en el tiempo, a una velocidad constante y finita?

En el relato de la creación del libro del génesis, la palabra luz aparece cinco veces, aludiendo a cinco niveles de profundidad de la luz.



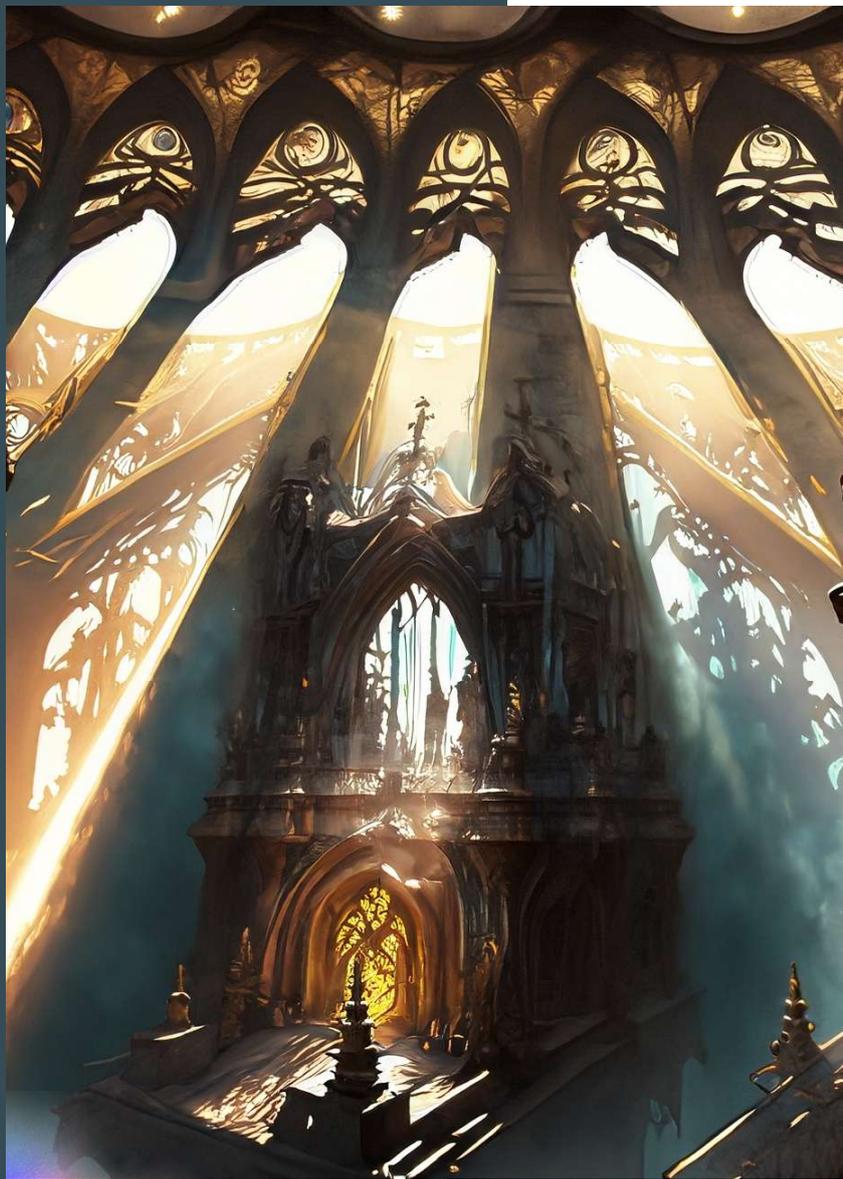
En su nivel más profundo: la fuente absoluta de las luces, es de un resplandor ilimitado, infinito, y permanece en el misterio. La luz física es el símbolo de esa luz espiritual inconmensurable. Nada en la naturaleza se comporta como la luz y el resplandor que mana de ella. La fuente de luz emite rayos que participan de la energía de la fuente, y si la fuente interrumpe su flujo, simultáneamente desaparece el resplandor. Así es como la luz de dios nos hace partícipes de su resplandor. Tal correlación no existe en ningún otro fenómeno material, ya que todo objeto es independiente de la fuente de la cual surgió. Así es como por ejemplo, si arrancamos al fruto de su árbol, el fruto no por eso desaparece; sin embargo, si cerramos los párpados, los ojos quedan a oscuras.



La humanidad divisa azorada -desde siempre- al apogeo del sol en su cenit, momento en el que su luz perpendicular proyecta las sombras de los cuerpos solamente hacia el interior de la tierra, sin derramarlas a los costados; y bendice al mediodía, como al momento en que la oscuridad se rinde manteniéndose aplastada bajo sus pies. La luz del día se asocia a la vida, a la virtud, al amor, a la belleza, a la sabiduría, al progreso de la ciencia, al florecimiento de la vegetación, a la maduración de los frutos, al crecimiento, a la expansión de la conciencia, y a la moral que cohesiona a la fraternidad.

Pero en las noches, sin embargo, el sol desaparece, como en los eclipses, y durante el solsticio el sol se detiene. A lo largo de tres noches sucesivas el sol pierde su invicto, es derrotado y permanece inmóvil, atrapado, y

a partir de esa fecha la naturaleza también comienza a morir, la vegetación se seca, las semillas no crecen, el frío congela las aguas, el hambre mata a los animales, el miedo acorrala al ser humano y la muerte penetra hasta el tuétano de los huesos.



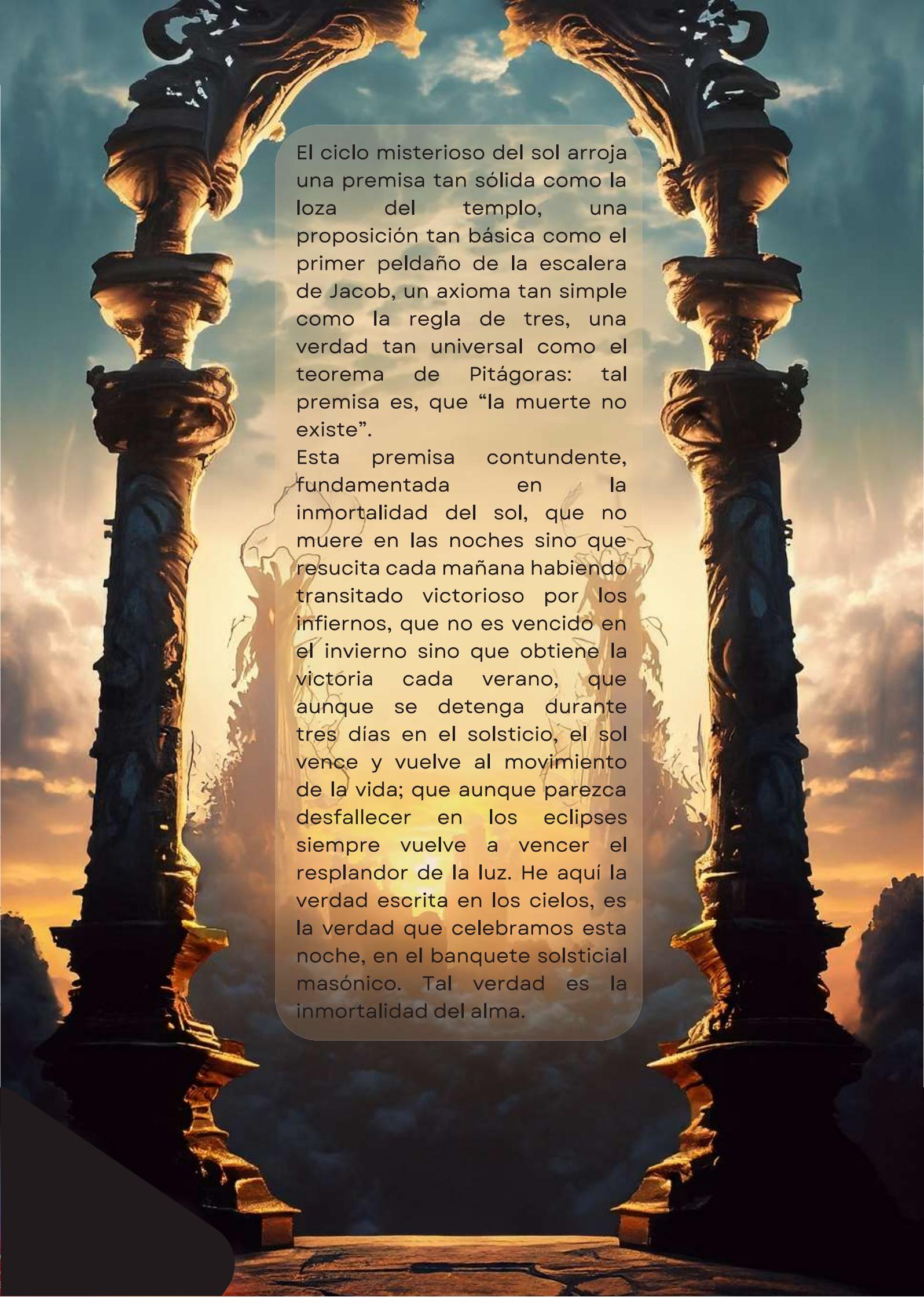


El resplandor del crepúsculo vespertino preanuncia una tragedia, y la humanidad se hunde en el luto. En el ocaso, el sol es vencido por las tinieblas y en la línea del horizonte muere, dejando a la tierra en la oscuridad, en la cuna de la impunidad y del delito, en el origen del hambre, del frío, del vicio y de la muerte, en la negrura de la ignorancia, y en la noche del alma. El sol abatido desaparece en el subterráneo inframundo, desciende a los infiernos en donde se derrama su negra sangre.

Pero finalmente después de su Catábasis, de su descenso al Tártaro, al Hades, al Inframundo, a los Infiernos; el sol emprende su Anábasis, su retorno al cielo. Y el crepúsculo matutino presagia con su resplandor en el horizonte, a la resurrección y al triunfo de la vida.

Y ya que “como es arriba es abajo”, la gigante estrella de los cielos: el sol, esa extraordinaria fuente de energía para la vida, que no es dios en sí mismo, sino que solo es el punto central del mandala zodiacal y del giro de las perinolas de los planetas, es el gran símbolo de la manifestación de la luz del espíritu en el universo físico, es el padre nuestro que está en los cielos, y proyecta en su recorrido celeste valiosas analogías acerca de la aventura mística de la humanidad. Porque si así pasa en los cielos, así debe pasar en la tierra.





El ciclo misterioso del sol arroja una premisa tan sólida como la loza del templo, una proposición tan básica como el primer peldaño de la escalera de Jacob, un axioma tan simple como la regla de tres, una verdad tan universal como el teorema de Pitágoras: tal premisa es, que “la muerte no existe”.

Esta premisa contundente, fundamentada en la inmortalidad del sol, que no muere en las noches sino que resucita cada mañana habiendo transitado victorioso por los infiernos, que no es vencido en el invierno sino que obtiene la victoria cada verano, que aunque se detenga durante tres días en el solsticio, el sol vence y vuelve al movimiento de la vida; que aunque parezca desfallecer en los eclipses siempre vuelve a vencer el resplandor de la luz. He aquí la verdad escrita en los cielos, es la verdad que celebramos esta noche, en el banquete solsticial masónico. Tal verdad es la inmortalidad del alma.

El Banquete, el Saber, la Verdad y la Muerte

EDUARDO ORAYEN

Logia Les Amis de la Verité N° 16- Rosario



EL BANQUETE EL SABER, LA VERDAD Y LA MUERTE

E

l Banquete, curioso nombre que da Platón a un libro que versa sobre el amor. Cualquier lector distraído, podría confundir sus páginas con un libelo que relata una reunión de viejas locas.

Sin embargo, el ágape mismo, es una ceremonia con reglas, una especie de rito, de concurso íntimo entre gente de élite, de juegos de sociedad; ese juego de sociedad, ese Simposium (título original), vemos que no es más que un pretexto para el diálogo de Platón, coloquio que se refiere a costumbres morales, a tradiciones reglamentadas en formas diversas según los hábitos griegos y el nivel de cultura de la hora.

La mesa es una escena, en todos los sitios, en todas las condiciones, en todas las épocas: allí se habla, se saborea, se come.

El cuerpo está en acción, es actor y la escenografía es singular. La representación también. Las emociones, las pasiones, las sensaciones, se han dado cita. Los sabores estallan, se satisface un deseo, y el placer deriva de ello. El teatro está presente porque aquí se mezclan catarsis y prácticas lúdicas, juegos de roles y espectáculos en un registro infinitesimal y multiplicado. El servicio y el ojo, los platos presentados, el aroma que regocija, el ruido del vino que corre y los cubiertos que tintinean. El tiempo y el espacio están sometidos a los imperativos de la comida. Del hambre que aherroja procediendo de los instintos hacia la comida, permite la incandescencia de la cultura.



Situación similar ocurre con los sonidos: de la rústica propagación física de ondas elásticas a través de un fluido, deviene una sublime melodía que es captada por la corteza cerebral como si fuera el techo de una catedral donde se ensamblan los brillantes armónicos que dan el sentido glorioso a la música. La historia de la humanidad entendida como una perpetua separación de la naturaleza, la victoria de la civilización sobre los instintos, un universo

cortés como antídoto del mundo donde habitan las pasiones brutas. Una política que funciona como una disciplina que permite la codificación de reglas singulares para la relación entre los hombres; pero también, entre el cuerpo y el alma. La escena gastronómica como sustituto de la escena política, es todo el universo del suceso. Allí se come, se bebe, se habla, se vive de manera auténtica, plena. La alienación entre la parte -en sí-, que aspira a lo Real, y aquella -para sí- que lo vive, ya no es aceptable. El cuerpo en su totalidad es invitado a la existencia. La mesa, es objeto de un debate ontológico. El aparato digestivo, el sistema nervioso, la piel, la carne, los músculos, las vísceras y el alma: toda una filosofía del cuerpo preocupada por la inmanencia de las máquinas deseantes.

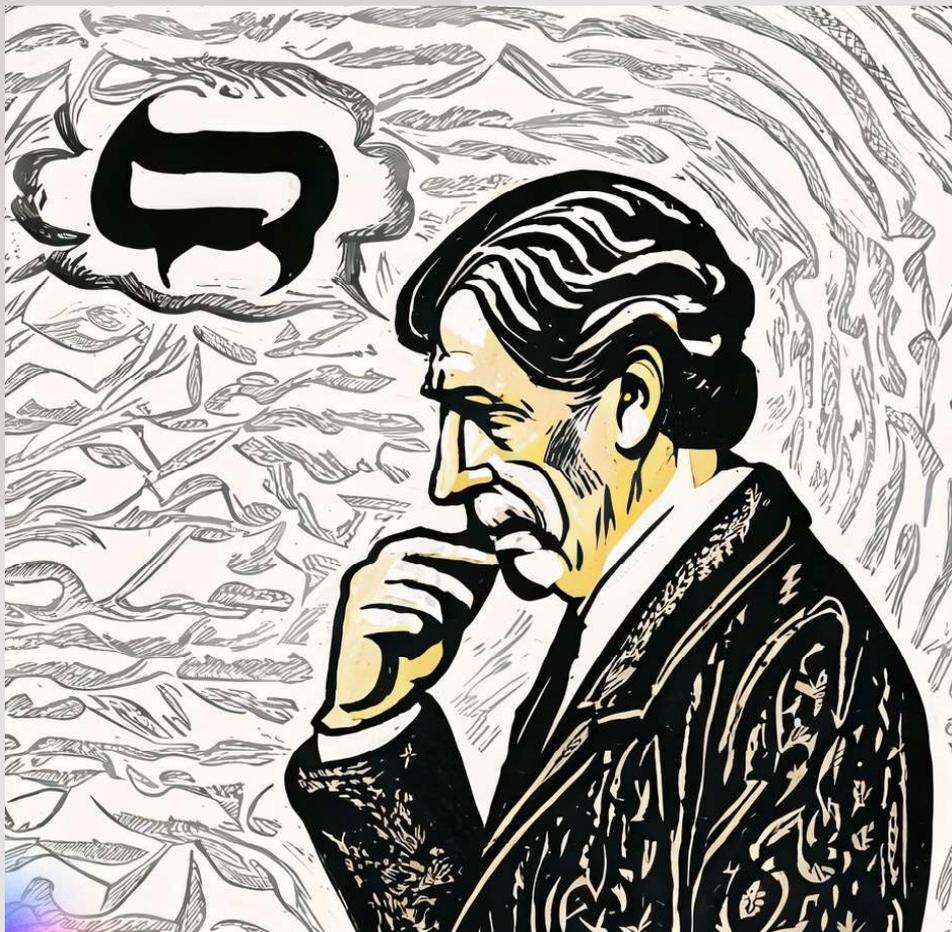


El anfitrión debe velar por el placer de aquellos a quienes atiende, debe satisfacer sus deseos y evitarles el conocimiento de su falta, todos deben ser tratados como iguales, el placer de uno, equivale al del otro. Con quienes nos son más próximos, uno no hace más que dar vueltas alrededor del fantasma que sustituye su Ser, eso es lo que ilustra “El Banquete” que no es otra cosa sino la distancia que hay entre el objeto de nuestro amor y el Ser del otro, en tanto que, el amor, se interroga si lo puede alcanzar.



Así, Platón, -a través del amor de Alcibíades por Sócrates- nos introduce en el concepto del ágalma: ese objeto precioso que está dentro de los Silenos y metaforiza la asimétrica relación del amante (erastés) y el amado (erómenos) con la falta en Ser del otro. El amado “no sabe lo que tiene (oculto)” y el amante “no sabe lo que le falta”.

El misterio de Sócrates es la instalación de lo que él llama una episteme -una ciencia- una dignidad absoluta del discurso en su coherencia interna, asegurada en el diálogo, para abolir en el hombre el temblor y el temor ante la muerte, asegurando la autonomía de la palabra sin que eso comporte un saber.



La verdad no es otra cosa sino aquello de lo cual, el saber, no puede enterarse, sino haciendo actuar su propia ignorancia

Toda vez que, la pregunta por La Verdad, sólo puede ser formulada mediante palabras, quien interroga en definitiva, es el duende maligno, el demonio de Descartes en tanto y en cuanto el abordaje al objeto -palabra mediante-, provoca en él una caída, un resto, inaccesible a la verdad.

La fragilidad ontológica, transportada al espacio gnoseológico sobre la posibilidad del conocimiento, se sostiene en la recuperación del sujeto del cógito cartesiano: la certeza en la duda, que funda la diferencia entre saber/verdad ya que se dirige ahí, donde el saber vacila. La verdad no es otra cosa sino aquello de lo cual, el saber, no puede enterarse, sino haciendo actuar su propia ignorancia.

Ese es el extracto del “Conócete a ti mismo” y “Sólo sé que no sé nada”, que no hay Verdad, sino Verdades, que la pretensión de la verdad Una, es una aspiración religiosa, no científica, que intenta sostener tras esa posición, no precisamente la verdad, sino la legitimación de un “padre” verdadero.

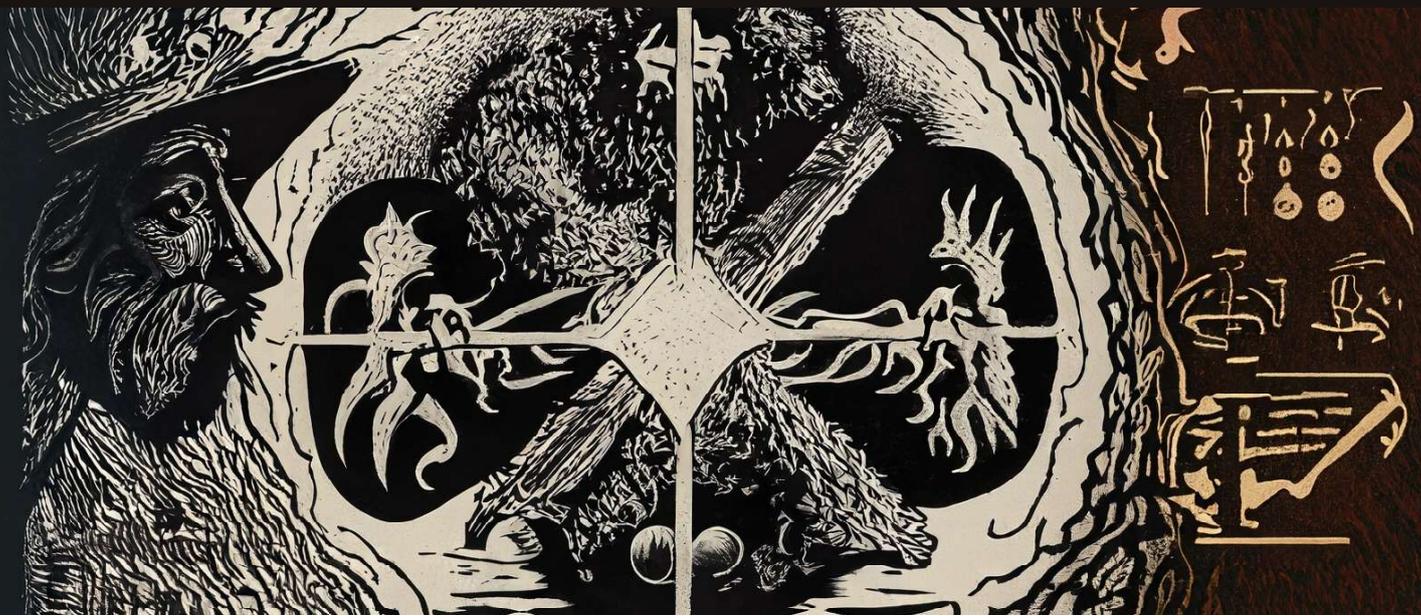
Pero, volvamos a la mesa, ¿Cuál es la razón, el logos, del gourmand? Para hablar de gastronomía fue necesario esperar la suma considerable de conocimientos en el arte culinario para agrupar esos saberes bajo la sola entrada de gastronomía. Esos principios se hicieron trascendentes cuando superaron los límites de la experiencia posible y apuntaron a colmar la falta, tal como el amor, tal como la ciencia.

Los hombres hacen de las necesidades naturales un terreno de experimentación ideológica. No hay apetito sin falta, sin abertura que colmar, la mesa ha adiestrado -durante siglos- la parte maldita del hombre. Lejos de leer al apetito como alarma fisiológica que denuncia el agotamiento de las reservas del cuerpo, el hombre no percibe más que un deseo que no está lejos de la muerte que evoca la combustión de la máquina y la deuda a los mecanismos corporales, el deseo es la falta que demuestra la sumisión a un holocausto perpetuo,

el cuerpo necesita consumir materias desarraigadas, cadáveres, paradójicamente, para engañar la muerte, quien vigila y no deja de exigir su tributo; y tanto la vida, como el conocimiento son un conjunto de fuerzas que no hacen más que resistirla. Así como las burbujas del champagne, son emblemáticas del arte barroco, también son el anverso de una medalla cuyo reverso es la sabiduría trágica: pues el alcohol, sólo se obtiene mediante un proceso de descomposición, de fermentaciones y podredumbres; el trabajo de la muerte, la continuación de la vida por otros medios.

Astucia de la razón, resultante vigorizadora y vitalizante de una obra necrófaga, una suerte de metempsicosis para azúcares difuntos que se convierten en ese líquido sutil, cargado de potencialidades de delirio. No hay UN objeto filosófico específico que dormirá en el cielo de las ideas lejos del mundo. Solo existen tratamientos filosóficos sobre todos los objetos posibles e imaginables, entre ellos, el saber, la verdad, el alimento y la muerte.

Las planchas de esta edición número 10 de la REVISTA ZONA 4 fueron presentadas en la cena solsticial de la masonería de la región del Gran Rosario, e ilustradas mediante generación de imágenes de inteligencia artificial Adobe Firefly.





ZONA



GRAN LOGIA
de la ARGENTINA
de Libres y Aceptados Masones